



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

«SIN TI, LA VIDA ES MUERTE REPETIDA»

Días antes del miércoles de ceniza, las calles de nuestros pueblos y ciudades se llenan de gente ataviada con los disfraces más variopintos. El jolgorio, el desenfado y, en no pocas ocasiones, la irreverencia y falta de respeto a los sentimientos religiosos de los cristianos son, por desgracia, la música que acompaña a estos festejos. La consigna, un tanto subrepticia o subliminal, parece ser la siguiente: hay que celebrar carnavales antes de que llegue la Iglesia a «aguarnos la fiesta» con la Cuaresma, tiempo de tristeza, de dolor y de sacrificio. Como si se deseara imbuir en el inconsciente colectivo la idea de una sociedad «laica» abierta, luminosa, moderna, tolerante... contrapuesta a la imagen de una Iglesia oscurantista, intolerante, anclada en el pasado y con olor a casa cerrada y polvorienta. ¡Nada más lejos de la realidad!

Precisamente la Cuaresma es una ocasión preciosa, propicia y favorable para redescubrir el maravilloso amor que Dios tiene al hombre y que se ha derramado en Jesucristo, su Hijo; un amor que, como fuente inagotable de vida, sigue manando por los cauces y veneros de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Los cuarenta días que la liturgia cuaresmal nos ofrece, así como la Semana de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, Semana Santa, evocan en los bautizados y en aquellas personas de buena voluntad que buscan a Cristo, las palabras del Apocalipsis: «Mira que estoy llamando a la puerta –dice el Señor–. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (3,20). La Cuaresma y la Semana Santa nos mueven, en definitiva, a abrir la puerta de nuestro corazón a Jesucristo, que llama pacientemente y que espera nuestra respuesta amorosa; es tiempo para vaciarnos de nosotros mismos y de lo que nos inquieta, para hacerle hueco a Él y sentarlo a la mesa, presentarle nuestras ilusiones y esperanzas, también nuestros temores y debilidades, y pedirle que transforme todo lo que nos empequeñece y empobrece en un tesoro de felicidad y de vida en plenitud.

Sí, vida en plenitud, Vida con mayúscula, porque sin Jesús «la vida es muerte repetida», en expresión acertada y poética del sacerdote Martín Descalzo, que escribió este bello soneto:

«En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien la vida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida.
Sin Ti, la paz es un cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.
Sin Ti, la vida es muerte repetida.

Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada

y contigo la vida es sangre ardida.
Pues, si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida».

La Cuaresma es, además, momento adecuado para retirarnos al desierto de nuestro interior, al sagrario de nuestra conciencia, y encontrarnos con el Señor, Buen Pastor que, nuevamente, calza las sandalias y se reviste de nuestra humanidad doliente para ir en busca de la oveja pérdida. Así, en singular, «oveja perdida», porque Cristo no viene a salvarnos de manera abstracta, etérea, confundidos y entremezclados en una constelación de seres anónimos y con rostros difuminados. Cristo ha dado su vida por mí, por ti, por el hermano que está a nuestro lado. Él conoce tu nombre, y te llama para que camines junto a Él hasta la casa del Padre. ¡Qué bien lo comprendió Isaac de Estela!:

«Cuando llegó el tiempo de la misericordia, el Buen Pastor bajó de junto al Padre según había predicho desde antiguo. Ha venido a buscar la única oveja que se había perdido. Por ella, prometido desde siempre, fue enviado en el tiempo. Por ella nació y fue entregado... Ha sido enviado como verdad para los abatidos, camino para los descarriados, vida para los que habían muerto, sabiduría para los insensatos, remedio para los enfermos, rescate para los cautivos, alimento para los hambrientos» (*Sermón 35*).

Cuaresma y Semana Santa son también llamada a la conversión, al cambio, a la reorientación de nuestros pasos en la dirección que Cristo nos ha marcado: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga» (Mt 16,24). Convertirse es reconocer con humildad y, al mismo tiempo, con sinceridad libre de complejos, que somos muy pequeños, demasiada poca cosa al lado de nuestro Redentor, que ha pagado, con su sangre, el precio de nuestra liberación. Un joven seminarista italiano, Angelo Giuseppe Roncalli, escribía en su diario espiritual palabras

conmoveras sobre la Pasión de Cristo. Aquel estudiante de teología sería proclamado, años más tarde, Obispo de Roma. Su nombre es bien conocido por nosotros: beato Juan XXIII. Comparto con vosotros, queridos cofrades y hermanos, los pensamientos que el «Papa bueno» plasmó en su *Diario del alma*:

«Yo soy, por desgracia, el hijo pródigo que disipó toda su hacienda, los dones naturales y sobrenaturales, y me vi reducido a la condición más lamentable, por huir tan lejos de ti, que eres el Verbo por quien todas las cosas fueron hechas... Yo soy el pérfido discípulo que te traicionó, el presuntuoso que te negó, el vil que te escarneció; el cruel que te coronó de espinas; te azoté, te cargué con la cruz, insulté tus atroces dolores, te di una bofetada, te di a beber hiel y vinagre, y, despiadado de mí, te traspasé el corazón con una fría lanza. Todo esto y mucho más he hecho con mis pecados...

Tú eres mi buen Jesús, el mansísimo cordero que me llamó su amigo, me miró amoroso en mi pecado, me bendijo cuando le maldecía; en la cruz intercediste por mí, y del corazón traspasado hiciste descender un manantial de sangre divina que me lavó de mis inmundicias, limpió mi alma de mis iniquidades; me arrancaste a la muerte muriendo por mí y, venciendo a la muerte, me ganaste la vida, me abriste el paraíso. Oh amor de Jesús. Por fin este amor ha vencido, y estoy contigo, mi maestro, mi amigo, mi esposo, mi padre: heme aquí en tu corazón. ¿Qué quieres, pues, que haga?».

El interrogante de Juan XXIII queda abierto para todos y cada uno de nosotros. Pidámosle al Señor que en los días santos de Cuaresma nos dé luz para conocer y cumplir su voluntad. Sabremos así agradecer tanto amor, tanta generosidad, tanta bondad. Que estas palabras del Papa bueno orienten las acciones que realicemos en nuestras Parroquias, Cofradías y Hermandades, movimientos y asociaciones, etc., con el fin de celebrar dignamente y con fruto los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Todo lo que vivamos, que no sea por amor propio, ni por afán de sobresalir, sino con la mente y el corazón puestos en aquel sucinto Credo que pronunció el pescador de Galilea: «Tú lo sabes todo, Señor, Tú sabes que te queremos».

Con mi bendición, un saludo cordial en el Señor Resucitado, luz, vida y esperanza nuestra. Y una oración compartida en sintonía filial con nuestra Madre Dolorosa.



✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante